

En 1210 Oton IV, despreciando todas las leyes de la prudencia, y contra la fe de sus mismos juramentos, usurpó las tierras del Papa y las del Rey de Sicilia, aliado y vasallo de la Santa Sede. El papa Inocencio III lo excomulgó y privó del imperio; eligió a Federico, y sucedió lo que sucede siempre, dividirse los Príncipes y los pueblos. Oton continuó contra Federico emperador la misma guerra que tenía principiada contra el mismo, como rey de Sicilia. Nada mudó: se balian antes, y siguieron batiéndose; mas la sinrazon era toda de Oton, cuya injusticia é ingratitud de ningun modo pueden excusarse. Así lo reconoció él mismo, cuando hallándose á punto de morir en 1218, pidió y obtuvo la absolucion, con muchas señales de devocion y de arrepentimiento.

Federico II, su sucesor, se habia obligado por juramento, y *bajo pena de excomunion*, á llevar sus armas á la Palestina¹; mas en vez de cumplir sus juramentos, no pensó mas que en aumentar su tesoro, aun á expensas de la Iglesia, para oprimir la Lombardia. Y así fue excomulgado en 1227 y 1228. Pasó al fin á la Tierra Santa; y durante este tiempo el Papa se hizo dueño de una parte de la Pulla²; mas luego pareció el Emperador y volvió á tomar cuanto se le habia quitado. Gregorio IX, que con mucha razon colocaba las Cruzadas en la primera clase de los negocios políticos y religiosos, y que se hallaba en extremo descontento del Emperador, á causa de la tregua que habia hecho con el turco, excomulgó de nuevo á este Príncipe, el cual, aunque se reconcilió en 1230, no dejó de continuar la guerra, antes bien la hizo con una crueldad inaudita³.

¹ Muratori, *Anales de Italia*, t. VII, pág. 175, año 1223.

² Mas fue para dar la investidura de este país á Juan de Brienne, padre político del mismo Federico, lo que merece notarse. En general, el espíritu de usurpacion fue siempre muy ajeno de los Papas, y esto no se ha observado bastante.

³ Se le vió, por ejemplo, en el sitio de Roma hacer dividir en cuatro partes la cabeza á los prisioneros de guerra, ó hacerles quemar la frente con un hierro ardiendo en forma de cruz.

Sobre todo se encarnizó contra el Clero y contra las iglesias de un modo tan horrible, que el Papa lo volvió á excomulgar. Creo inútil recordar aquí la acusacion de impiedad, y el famoso libro de *los tres impostores*, porque son cosas universalmente sabidas. Sabemos que se ha acusado á Gregorio IX de haberse dejado llevar de la ira, y haber sido demasiado precipitado en su conducta con Federico. Muratori ha hablado de un modo, y en Roma se ha hablado de otro; pero esta discusion, que exigiria mucho tiempo y trabajo, no es propia de una obra donde no se trata de saber si los Papas han dejado alguna vez de tener razon. Supongamos, si se quiere, que Gregorio IX se hubiese mostrado inflexible; pero ¿qué diríamos de Inocencio IV, que habia sido amigo de Federico antes de ocupar la Silla pontificia, y que nada omitió para restablecer la paz? No obstante, no fue mas feliz que Gregorio, y concluyó por deponer solemnemente al Emperador en el concilio general de Lyon, año 1245¹.

El nuevo cisma del Imperio, que se verificó en 1257, nada tuvo que hacer con el Papa, ni produjo suceso alguno relativo á la Santa Sede; y lo mismo debe decirse de la deposicion de Alfonso de Nassau, en 1298, y de su lucha con Alberto de Austria.

En 1314, los Electores cometieron de nuevo la enorme falta de dividirse; y al instante se movió una guerra que duró

¹ Muchos escritores han observado que esta famosa excomunion fue pronunciada *en presencia*, mas no *con aprobacion* del Concilio: pero esta diferencia importa poco cuando el Concilio no protestó; y si no protestó, seria porque creyó que se trataba de un punto de derecho público, que ni aun exigia su discusion: y esto es lo que no se observa bastante. * Causa risa de desprecio este efugio de los galicanos; cuando se lee que el Papa procedió: *cum fratribus nostris, et sacro Concilio deliberatione praehabita diligenti*: que la sentencia fue acompañada con una pública demostracion del Concilio, que no solo significa aprobacion, sino concurrencia formal á ella: *Candelis accensis in dictum imperatorem Fridericum, qui iam iam imperator non est nominandus, terribiliter fulgurarunt.*

ocho años entre Luis de Baviera y Federico de Austria, en la cual tampoco tuvo nada que ver la Santa Sede.

En esta época los Papas habían desaparecido de la infeliz Italia, donde los Emperadores tampoco se habían presentado en sesenta años; y las dos facciones la ensangrentaban de una extremidad á otra, acaso *sin cuidarse de los intereses de los Papas, ni de los Emperadores* ¹.

La guerra entre Luis y Federico produjo las dos sangrientas batallas de Eslingen en 1315, y de Muldorff en 1322.

El papa Juan XXII había destituido los Vicarios del Imperio el 1317, y llamado á los dos concurrentes para discutir sus derechos; y es seguro que si hubiesen obedecido, se hubiera evitado por lo menos la batalla de Muldorff: por lo demás, si las pretensiones del Papa eran exageradas, no lo eran menos las de los Emperadores; pues vemos á Luis de Baviera tratar al Papa, en un decreto de 23 de abril de 1328, como si fuera absolutamente un súbdito imperial, «mandándole residir en Roma, y que no saliese de allí por mas de tres meses, ni á mas de dos jornadas de camino; sin el permiso del Clero y del pueblo romano; y que si el Papa no obedecía á tres intimaciones, cesaba de ser Papa *ipso facto*.» Últimamente se le verá llegar á condenar á muerte á Juan XXII ². ¡ Hé aquí lo que los Emperadores querían hacer de los Papas! Considérese lo que serían estos hoy, si aquellos hubieran podido hacer cuanto querían.

Se sabe que Luis de Baviera hizo tentativas diferentes veces para reconciliarse, y aun parece que el Papa se hubiera prestado á ello sin la oposicion formal de los Reyes de Francia, de Nápoles, de Bohemia y de Polonia ³. Mas lue-

¹ Maimbourg, *Historia de la decadencia*, etc., año 1308.

² Ibid.

³ No se debe jamás perder de vista esta grande é incontestable verdad histórica: *Que todos los Soberanos miraban al Papa como su superior, aun en lo temporal; pero sobre todo como señor feudal de los Emperadores electivos*. La opinion comun era que los Papas da-

go el emperador Luis se condujo de un modo tan insoportable, que hubo de ser nuevamente excomulgado en 1346. Su extravagante tiranía llegó en Italia al punto de proponer la venta de los Estados, y de las ciudades de aquel país, á quien le ofreciese mayor precio ¹.

La época célebre del 1349 puso fin á todas las querellas. Carlos IV cedió en Alemania y en Italia; y aunque por entonces se burlaron de él, porque los espíritus estaban acostumbrados á las exageraciones, no obstante el reinó muy bien en Alemania, y la Europa le debe la *bula de oro*, que fijó el derecho público del Imperio. Desde entonces nada ha mudado, lo que muestra que tenia razon; y que este era el punto fijado por la Providencia.

La rápida ojeada que hemos dado sobre esta famosa contienda hace ver lo que debe creerse de *estos cuatro siglos de sangre y de fanatismo*. Mas para dar al cuadro todo el sombreado necesario, y sobre todo para cargar toda la odiosidad sobre los Papas, se emplean artificios al parecer inocentes, que será muy útil confrontar.

El principio de esta gran contienda no puede fijarse mas allá del año 1076, ni su fin mas bajo que en la época de la bula de oro en 1359, período que abraza 273 años: mas como los números redondos son mas cómodos, es mejor decir que este tiempo fue de *cuatro siglos*, y á lo menos de *cerca de cuatro siglos*. Y como en Italia y en Alemania se estaban batiendo *durante esta época*, se da por supuesto que se batieron *durante toda esta época*. Y como Alemania é Italia son dos Estados que componen una parte considerable de la Europa, se da por supuesto que se batían *en toda la Europa*. Esto es

ban el imperio cuando coronaban á un emperador. Este recibía de ellos el derecho de nombrarse un sucesor; y los Electores alemanes el derecho de nombrar un *rey teutónico* que por este medio estaba destinado para el imperio. El emperador electo le prestaba juramento, etc. De modo que las pretensiones de los Papas no deberán ni podrán parecer extraordinarias sino á los que rehúsen absolutamente trasladarse con la consideracion á estos siglos antiguos.

¹ Maimbourg, *Historia de la decadencia*, etc., años 1328 y 1329.

una pequeña *sinécdoque*, que no sufre la menor dificultad.

Y como la querrela de las investiduras y las excomuniones hicieron grande ruido durante estos cuatro siglos, y pudieron dar lugar á algunos movimientos militares, se debe dar por probado que *todas* las guerras de Europa, durante aquella época, fueron originadas por dicha causa, y *siempre* por culpa de los Papas.

De modo que *los Papas, durante cerca de cuatro siglos, han inundado la Europa de sangre y de fanatismo*¹.

Tienen tanto imperio la costumbre y la preocupacion sobre el hombre, que algunos escritores, por otra parte muy ilustrados, al tratar de este punto de la historia, han incurrido en el defecto de hablar en pro y en contra, sin apercibirse de ello. Maimbourg, por ejemplo, á quien se ha apreciado muy poco, y que en general me parece bastante prudente é imparcial, en su *Historia de la decadencia del Imperio*, etc., hablando de Gregorio VII, nos dice lo siguiente: «Si le hubiese ocurrido hacer algun concordato con el Emperador, semejante á los que se han hecho despues muy útilmente, hubiera ahorrado la sangre de tantos millones de hombres como perecieron en la disputa de las investiduras².»

¿Puede darse mayor extravagancia? Ciertamente es muy fácil decir en el siglo XVII, cómo hubiera debido hacerse un concordato en el siglo XI, con aquellos príncipes tan sin moderacion, sin fe, y sin humanidad*. ¿Y qué diremos de esos *tantos millones de hombres* sacrificados á la disputa de las investiduras, que no duró mas que cincuenta años, y por

¹ Durante cuatro ó cinco siglos. (*Cartas sobre la historia*): París, 1803, t. II, carta XXVIII, pág. 220, nota). Durante cerca de cuatro siglos. (Ibid. carta XLI, pág. 406). Yo me atengo á la mitad de cuatro siglos.

² Maimbourg, año 1085.

* Sin embargo, si viviera en nuestros días (1856) y viera cómo se respetan los Concordatos, no sabemos si seria tan fácil decir cómo han de hacerse.

(Nota del Director de la LIBRERÍA RELIGIOSA).

la cual, en mi entender, no se vertió ni una gota de sangre¹?

Mas si la preocupacion nacional llega á dormitar por un instante en el mismo autor, la verdad se le escapará de la pluma, y nos dirá sin rodeos en la misma obra: «No debe creerse que las dos facciones se hiciesen la guerra *por la Religión*... que el odio y la ambicion eran los que les animaban á unos contra otros para destruirse recíprocamente².»

Los que no hayan manejado mas que los libros á favor de los Emperadores, no podrán desimpresionarse de la preocupacion de que las guerras de esta época fueron causadas por las excomuniones, y que sin esta causa no hubiera habido guerras. Es un error. Lo dejamos dicho, y lo repetimos de nuevo, *se batian antes, y se batieron despues*. No puede haber tranquilidad y paz donde la soberanía no está asegurada, y entonces seguramente no lo estaba; pues en ninguna parte permanecia bastante tiempo para hacerse respetable. El mismo Imperio, por ser electivo, no inspiraba aquella especie de respeto que sólo se tributa á los tronos hereditarios. Las mudanzas, las usurpaciones, *los deseos extremados, los vastos proyectos*, debian ser las ideas de moda, y con efecto, estas ideas reinaban en todos los espíritus. La política vil y abominable de Maquiavelo está henchida é infecta de este espíritu de vejacion y latrocinio, y esta es también la política devastadora que aun en el siglo XV tenían adoptada muchos grandes hombres. Política que se reduce casi á un solo problema: á saber, *cómo un asesino podrá prevenir á otro*. Entonces no habia en Alemania ni en Italia un solo soberano que se creyese propietario seguro de sus Estados, y que no ambicionase los de su vecino. Por colmo de desgracias,

¹ La disputa principió con Enrique sobre la simonia, porque queria poner á subasta los beneficios eclesiásticos, y hacer de la Iglesia un feudo dependiente de su corona; y Gregorio VII queria todo lo contrario. En cuanto á las investiduras, se ve de un lado la violencia, y del otro una resistencia pastoral, mas ó menos desgraciada. Nunca se vertió sangre por esto.

² Maimbourg, *Historia de la decadencia*, etc., año 1317.

la soberanía dividida y subdividida se vendía por partes á los príncipes que se hallaban en estado de comprarla. No había una fortaleza donde no se hallase un bandolero, ó el hijo de un bandolero. El odio se había enseñoreado de todos los corazones, y el triste hábito de los grandes crímenes había hecho de la Italia entera un teatro de horrores. Dos grandes facciones, que los Papas ciertamente no habían creado, tenían divididos sobre todo aquellos hermosos países. « Los güelfos, que no querían reconocer el Imperio, permanecían siempre al lado de los Papas, contra los Emperadores¹; » y así los Papas eran necesariamente güelfos, y los güelfos necesariamente enemigos de los Antipapas, que los Emperadores no cesaban de oponer á los Papas legítimos. Y así sucedía necesariamente que este partido era tenido por el partido ortodoxo, ó el Papismo (si me es permitido emplear en su simple acepción una voz estrópeada por los sectarios). El mismo Muratori, aunque muy *imperial*, distingue frecuentemente en sus *Anales de Italia* (acaso sin poner atención en ello), á los güelfos y á los gibelinos con los nombres de *católicos* y *cismáticos*²; pero debemos repetir, que los Papas no habían creado la facción de los güelfos. Todo hombre de buena fe, que esté versado en la historia de aquellos tiempos desgraciados, sabe que en tal estado de cosas era imposible la tranquilidad. Y así no hay cosa mas injusta, y al mismo tiempo mas fuera de razon, que atribuir á los Papas las turbaciones políticas inevitables, cuyos efectos, al contrario, suavizaron muchas veces por el ascendiente de su autoridad.

Sería muy difícil, por no decir imposible, asignar en la historia de aquellos desdichados tiempos una sola guerra, producida directa y exclusivamente por una excomunion. Este mal frecuentemente venia á unirse con otro, cuando en me-

¹ Maimbourg, *Historia de la decadencia*, etc., año 1317.

² *La legge cattolica. — La parte cattolica. — La fazione de schismatici*, etc., etc. (Muratori, *Anales de Italia*, t. VI, pág. 267, 269, 317, etc.).

dio de una guerra encendida ya por la política, se creían los Papas obligados por varias razones á usar de su autoridad.

La época de Enrique IV, y la de Federico II, son las dos en que acaso pudiera decirse con algun fundamento, que la excomunion había producido la guerra; y sin embargo, ¡cuántas medidas atenuantes no se ven bien tomadas de la inevitable fuerza de las circunstancias, ó de las mas insoporables provocaciones, ó de la indispensable necesidad de defender la Iglesia, ó en fin de las precauciones de que se rodeaban para disminuir el mal! Si se separan de este período de la historia que examinamos, los tiempos en que los Papas y los Emperadores vivieron en buena inteligencia; los en que sus disputas fueron simples disputas, ó que se halló el Imperio sin jefes en los interregnos, que ni fueron cortos, ni raros durante aquel período; los en que las excomuniones no tuvieron ninguna consecuencia política; los en que las guerras nada tenían que ver con los Papas, por ser originadas de la division ó cisma de los Electores, sin ninguna intervencion del poder espiritual; y en fin, los tiempos en que los Papas, no pudiendo dispensarse de resistir no debían ser responsables de nada, porque ningun poder debe responder de las consecuencias culpables de un acto legitimo; se verá que vienen á reducirse á nada esos *cuatro siglos de sangre y de fanatismo*, citados imperturbablemente á cargo de los Sumos Pontífices.

¹ Se ve, por ejemplo, que Gregorio VII no se determinó contra Enrique IV sino cuando el peligro y los males de la Iglesia le parecieron intolerables; y además se ve que en vez de declararle decaído del trono, se contentó con someterle al juicio de los Electores alemanes, para que nombrásen otro emperador si lo juzgaban á propósito: en lo que ciertamente mostraba su moderacion, atendiendo á las ideas de aquel siglo. Pero si los Electores llegaban á dividirse, y á producir una guerra, esto no era por cierto la voluntad del Papa. Se dirá que *quien quiere la causa quiere el efecto*. No es cierto, cuando el primer motor no tiene eleccion, y el efecto depende de un agente libre que obra mal, pudiendo obrar bien. Pero en fin, consiento en que esto no se considere sino como medio de atenuacion; pues no soy mas amigo de los razonamientos, que de las pretensiones exageradas.